



Volar en primera clase

Anónimo

¡Pssst...! ¿Quieres saber un secreto extraordinario? ¡Déjame enseñarte cómo comprar clase turista y volar en primera! Esto no es ni una broma ni una travesura ni, por supuesto, un folleto de propaganda. ¡Lo digo en serio! Mucha gente se topa con este secreto cada día, pero no se enteran. ¡Así que abre tus oídos y escucha por una vez!

Se hizo realidad en el 2000. En Kuala Lumpur. Para explicarlo necesito retroceder un poco en el tiempo.

Durante años, mi mujer me había estado animando a dejar Irán. Y durante años había eludido el tema. Me llevó bastante tiempo empezar siquiera a considerarlo. En aquel tiempo, como ahora, mucha gente deseaba salir del país y comenzar una nueva vida. Muchos, desesperados y agarrándose a un clavo ardiendo, llegaban hasta el extremo de pedir a los contrabandistas que les sacaran, dispuestos a pagar enormes sumas. Algunos ofrecían todo cuanto tenían e incluso arriesgaban sus propias vidas para conseguirlo, y las perdían. Yo no me encontraba en esa situación, pero me gustaba la idea de un cambio, y estaba dispuesto a hacer todo lo que estuviera en mi mano, siempre dentro de la legalidad.

Así, poquito a poco y día a día, la idea de irme se convirtió en mi pensamiento predominante. Los pensamientos son como las semillas, y si se abonan en el fértil jardín de la mente, se convierten en palabras, y dándoles tiempo y perseverancia, ¡se convierten en cosas y se materializan! ¿Por esto los sabios instan a sus discípulos a morar en pensamientos deseables en la meditación y a abandonar los de otra clase?

En todo caso, me descubrí hablando de emigración en conversaciones ocasionales con amigos y parientes. Entonces, un día, intentando alegrar a mi esposa, consideré la posibilidad de solicitar un visado en cierta embajada en Teherán. Recordé vagamente que, en alguna parte, teníamos un formulario y después de buscarlo durante un tiempo, lo extraje de un montón de correo y revistas.

Poco después, aquella tarde, mi esposa regresó a casa y yo ya estaba preparado para anunciarle lo buen y obediente marido que había sido.

«He echado al correo el formulario del visado, querida», pregoné orgulloso.

«¿Qué visado?», preguntó con genuina sorpresa en sus ojos.



«Ya sabes... el impreso que me diste hace poco».

«¡Oh, no!, que Dios nos ayude. ¡Era el de mi hermana! ¿Cómo has podido hacerme esto? Y no fue hace poco, te lo di hace dos años».

Era cierto. Me había dado el impreso para rellenárselo a mi cuñada, y ¡lo «había olvidado» completamente! Todas mis esperanzas de recibir la recompensa de una sonrisa suya se habían esfumado y, en vez de eso, me encontré buscando frenéticamente en mi cerebro en ebullición las tácticas más sensatas para reparar el daño.

«No hay problema», dejé escapar, procediendo con cautela, «en lugar de un formulario, ¡pediré impresos extras de tres embajadas distintas para tu hermana! Prometo rellenarlos todos y echarlos al correo personalmente. Lo prometo. ¡De verdad!». Recordando lo sucedido necesitaba añadir énfasis a la a menudo mal empleada palabra «prometer». Afortunadamente, esto pareció desarmarla y pacificarla, y me dio una oportunidad para, discretamente, escabullirme fuera a fumar un cigarrillo.

Así pasamos nuestro primer obstáculo en el camino a nuestra nueva vida en el extranjero, con el impreso del visado de otra persona que no significaba nada para nosotros. ¿O tal vez sí? He visto cosas extrañas...

Un par de semanas más tarde llegó un paquete lleno de diferentes formularios. Nos ocupamos de muchos detalles, como solicitar pasaportes, despachos de aduanas, y traducir toneladas de documentos del persa al inglés y viceversa, etc. Luego, llegamos al siguiente escalón. La embajada requería 500 \$ para arreglar los trámites de nuestra solicitud. Acudí a la central del banco nacional e ingresé el dinero, pidiendo que fuera transferido a la cuenta de la embajada en Singapur. Fue una transacción más o menos honrada y sencilla.

Tras un par de meses sin noticias de la embajada, comencé a escribir cartas preguntando por qué no me contestaban. La respuesta fue simple; no habían recibido el dinero. Así que volví al banco y en el tono más cauto y con el vocabulario más reverente que pude encontrar le dije

al empleado que el destinatario no había recibido el dinero. Como conclusión, eché toda la culpa a la embajada para evitar cualquier sospecha de que, Dios no lo quiera, me quejaba del banco nacional.

«Su dinero está en camino», aseguró el pío empleado con cara de piedra. «¡Muy bien, gracias señor, daría mi vida por usted!» ofrecí, sin mucha convicción.

Soy un tipo muy paciente y podría haber esperado hasta mis noventa años antes de que el dinero fuera depositado en la cuenta de la embajada apetecida, pero el problema era que mi esposa, nuestros hijos, familia y amigos no dejarían que el asunto siguiera su curso «natural». Ya ves, en algunos sitios tienes que ejercitar la paciencia de Dios para conseguir que las tareas cotidianas se hagan apropiadamente. Pero mi familia y algunos de mis amigos no coincidían con esta filosofía y seguían pinchándome.

Pasaron seis meses. Volví al banco un millón de veces pidiendo a los empleados que me ayudaran a encontrar los 500 \$. Finalmente, uno de ellos se apiadó de mí y me anunció que habían sido transferidos, ¡pero que no podían saber adónde o a quién! Enfrentado a esta imposibilidad, e intentando no desfallecer fácilmente, recurrí al último cartucho de mi arsenal: pedir la intervención de los infalibles santos.

Para conseguir ablandar los corazones de los empleados del banco, empleé toda clase de artificios verbales religiosos: «Que usted y toda su familia vivan libres de toda clase de desgracias y calamidades, por siempre jamás, por la gracia de tal y cual santo!, ¡Por favor, ayúdeme a encontrar mis 500 \$!». Interiormente invocaba al mismo santo fallecido hace trescientos años para que mediara y enviara mi dinero a la embajada en Singapur, o que, al menos, ¡convirtiese a todos los empleados en brasas y cenizas! Sabía, por experiencia, que los asuntos de dinero eran difíciles para interceder, incluso para los mayores santos, así que fui a ver si les había sucedido algo a los empleados de banco.

¡Nada, zilch, nothing!

Seguían con su trabajo, olvidados del hecho de que un simple y descuidado golpe de pluma o de teclado podían, en realidad, tener en vilo la vida de toda una familia. Paseándome de un lado a otro por el enorme vestíbulo del banco, un símbolo nacional de opulencia y orgullo, y devanándome los sesos en busca de una solución al problema, una idea relampagueó en mi cabeza: ¡Puedo haber pedido justamente la ayuda del santo equivocado!

Es un hecho bien sabido que ciertos santos no nos fallarán, incluso en materias tan triviales como mis perdidos 500 \$. Así que rápidamente invoqué todos los nombres de santos que pude recordar, e hice mi súplica, más bien como un correo electrónico a granel enviado a muchos destinatarios. Ahora sé que pedir de esta manera a los cielos, como con correo basura, es lo más inadecuado para producir el efecto deseado.

Totalmente perdido y desanimado, como un perro abandonado, regresé a mi ciudad natal, a doscientos cincuenta kilómetros, recitando los «Perros del Amor» de Rumi: «Escucha el lamento de un perro... ese lamento es la conexión».

Me encontraba en un callejón sin salida. Mi actitud positiva hacia la vida se veía paralizada por una simple transacción bancaria y nada parecía romper el punto muerto. Había aprendido una cosa, aunque la había aprendido de una forma dura. Si tienes una buena meta, recuerda adoptar esta máxima en todo momento: ¡NO TE RINDAS!

No importa cuán adversa llegue a ser la situación, no importa cuántos tropiezos aparezcan en tu camino, no importa si el universo entero se convierte en un infierno para derrotarte, puede que sólo sea una prueba. La respuesta, a menudo, se encuentra justo un paso más allá de tu momento más negro. ¡NO TE RINDAS!

Me fui a casa a esperar una respuesta a mi jugada n° 22.

Llegó más o menos una semana después, y llegó de una manera simple y directa. Y salió del rincón más improbable que hubiera podido imaginar. Antes de que sepas cómo y



El durmiente temerario. René Magritte, 1928.

desde dónde vino, te debo informar de un pequeño antecedente.

Desde cuando puedo recordar, he sufrido la extraña manía de buscar la Verdad. Ha sido como una sed insaciable. Mientras mis compañeros de infancia, del colegio y la universidad parecían ser muy felices y llevar una vida muy normal, yo debía investigar todas las escuelas de filosofía, religión, partidos políticos, sociedades secretas, etc., para calmar mi sed. Es por eso que lo llamo manía.

A través de mis investigaciones he hecho numerosos amigos de todo estilo de vida. Uno de ellos es un *darwish* Nematollāhi. Un día, camino de otra ciudad, vi desde el coche en el que viajaba el letrero del Jānaqāh Nematollāhi en mosaicos azul turquesa sobre la entrada de una finca. Al instante mi bichito de búsqueda me ordenó: «¡Investiga más!». Unos días más tarde, volví y llamé a la puerta.

Dio la casualidad de que era jueves, su noche de reunión. Me quedé toda la tarde y después de que casi todo el mundo se hubiera ido, me levanté para irme. Pero el Sr. H., que era evidentemente el encargado, me invitó a pasar la noche y, para mi asombro, ¡el bichito me aconsejó aceptar! Y digo que asombrado, porque raramente acepto tales invitaciones, incluso de parientes cercanos.

Estuvimos conversando hasta bien entrada la noche. Alguien ha dicho que ¡las conversaciones de los humanos tienen el mismo propósito que el rumiar para el ganado! Incluso los animales de cuatro patas tienen un descanso, así que cuando llegó el momento, el Sr. H. trajo unas mantas y las extendió en el rincón más cálido de la sala de reunión para que me acostase. Diciéndome buenas noches, se retiró a las habitaciones de su familia en un edificio aparte.

Desperté temprano, doblé las ropas de cama pulcramente en un rincón y me dispuse a salir. Justo en ese momento llegó el Sr. H. con una gran bandeja ofreciéndome pan caliente, dos vasos de leche, té, mantequilla y mermelada.

«¡Buenos días! ¡Tomemos el desayuno!» dijo, con el total conven-

cimiento de que era lo mejor que podíamos hacer, sin dejar resquicio a excusas ni a alambicadas finuras falsas, como «Oh, no, no debería haberse tomado tantas molestias, especialmente en la mañana del viernes». Dejado sin elección, me callé y compartimos el desayuno. Jamás olvidaré aquella experiencia.

¡Ah! Sí, fue una experiencia, no un simple desayuno. Tuvo un algo adicional, que aún no podría definir. No fueron los alimentos de la bandeja o los platos o los vasos, todo ello era de lo más común. No fue la sala de reunión donde estábamos, ya que no era más que una habitación sencilla con cuatro paredes desnudas pintadas de blanco, que se puede encontrar en cualquier parte. Pero, había una marcada diferencia en aquel desayuno, algo con lo que raramente me había cruzado. En él, escondido y silencioso, como una fórmula secreta, había algo que no pude nombrar.

Tengo una mente inquisitiva, y una vez que nota algo digno de investigación, no lo soltará hasta que el misterio se resuelva. No podía figurarme por qué estaba saboreando cada bocado con esta persona casi totalmente extraña. ¡Comencé a preguntarme si es que estaba siendo drogado o incluso hipnotizado! No estoy exagerando, estaba sucediendo algo mágico que no podía imaginar. ¡Si vives hasta los ochenta, probablemente llegarás mediante 29.219 desayunos! ¿Cuántos de tus desayunos conjurarán sentimientos así? Bueno, en mi caso ciertamente yo no puedo recordar muchos. Por cierto, finalmente eché una ojeada al ingrediente químico mágico, ¡pero me llevó alrededor de siete años! Dejé al Sr. H. aquel día preguntándome sobre la experiencia del desayuno, de la que surgió una amistad.

Ahora volvamos a los 500\$ perdidos.

El Sr. H. se tomó interés en el tema de nuestra emigración y, de vez en cuando, preguntaba sobre ello. A menudo me ofrecía su simpatía y consejos de ayuda. Cuando se enteró de que el dinero llevaba más de seis meses sin ser transferido, propuso una solución sorprendente. El mis-

mo presidente del banco nacional resultó ser amigo suyo y sugirió que le hiciésemos una visita. Mareado por la posibilidad de arreglo de esta situación, en cuya solución incluso los santos de gran tradición habían fracasado, me agarré a la oferta.

Fuimos al despacho del director. Tras unas breves presentaciones y después de oír mi historia, el director levantó el teléfono y dijo unas cuantas palabras a la persona del otro lado, y ya estaba hecho.

¿El secreto del Sr. H.? ¡Sencillo, realmente! Tan sencillo que no es un secreto en absoluto, pero produce maravillas y milagros continuamente, todo el tiempo y en todas partes. Sin excepciones.

A lo largo de tu vida, se te ha ofrecido este secreto asombroso, numerosas veces y desde muchas diferentes fuentes, pero preferiste no darte cuenta. Cada maestro verdadero lo ha utilizado personalmente y lo ha recomendado como el camino más fácil y más rápido hacia la «Verdad». Es tan importante que el Maestro de Nazaret lo eligió como una de sus últimas enseñanzas a sus discípulos. Lavó sus pies.

Ya estés tras del amor y la armonía en tu vida, o muriendo por hacerse rico, o quieras reconocimiento a tus esfuerzos, e incluso si eres uno de esos raros y quieres conseguir las alturas más elevadas alcanzables por un ser humano, practica esta asombrosa técnica. Y aquí la tienes, para que la apliques, y llegues a ser un autor de milagros: ¡SIRVE!

El Sr. H., un *darwish* Nematollāhi, simplemente siguió la guía de su Maestro lo mejor que pudo. El Maestro alentaba a los *darwish* a servir a TODA la humanidad e incluso a otras criaturas, sin esperar nada a cambio. «Pues el sufí es un servidor de toda la humanidad»¹.

Mi amigo empleaba esta fórmula de éxito en cada oportunidad. Incluso la utilizaba con sus «adversarios» y, o se los ganaba o los mandaba a tomar el fresco.

Una vez me dijo: «A cualquier persona que venga al centro sufí o a cualquier otra persona con la que ocurra que esté, la considero como

invitada del Maestro y, por ello, ¡digna de ser servida al más alto nivel!».

Piensa en ello. Vuelve a leerlo una segunda y una tercera vez.

Por fin, fui invitado a visitar la embajada en Singapur del país donde intentábamos instalarnos y solicité un visado de un mes para ese país. Compré un billete de ida y vuelta con una parada en Kuala Lumpur, sin especificar la duración de la parada, ya que no tenía ni idea cuánto llevaría conseguir un visado de la embajada. Era por febrero del 2000.

En el aeropuerto, un vetusto 747 me estaba esperando. A decir verdad, siempre había sentido fascinación e incluso amor por volar y por la aviación, y todavía, invariablemente, se me ponía el corazón en la garganta cuando me subía a un avión. Para empeorar las cosas, sé más que el promedio de la gente sobre aviones y cohetes. Solía diseñarlos y construirlos.

Por ejemplo, sé que el espesor del revestimiento de aluminio de la mayoría de los aviones no llega a un milímetro y que en pleno vuelo está sometido a presión y esfuerzo enormes. Conozco como funcionan los sistemas hidráulicos, electrónicos y demás y ¡sé, incluso más, sobre todas las maneras posibles de cómo pueden fallar! Así, cuando subo a bordo de uno, una parte de mí comienza a escudriñar y a escuchar buscando posibles defectos.

Me acomodé en mi asiento con ventanilla y a su debido tiempo el aeroplano comenzó a rodar hacia la pista. Mientras lo hacía, me di cuenta ¡de que una tira bastante grande de goma negra de sellado colgaba suelta entre dos secciones adyacentes del ala! Al instante, mi corazón comenzó a palpar y mi mente imaginó todas las formas en las que la mitad del ala diría adiós al avión en pleno vuelo. Quise llamar a la azafata para que hiciese saber todo esto al piloto, pero después pensé que iba a quedar como un tonto. Además, estábamos a punto de despegar.

En tanto el avión iba cogiendo velocidad, la cinta de goma se mante-

nía a la par con un batir más violento. No podía quitar mis ojos de ella. Subimos elevándonos empujados, los motores rugiendo y las alas cortando las invisibles capas de aire. Enseguida, las calles, los coches y las casas se parecían más a los juguetes de un crío que a las cosas «reales» por las que muchos harían cualquier cosa por tener. Un viaje aéreo, o mejor todavía, un viaje espacial, puede proporcionar una percepción de la «realidad» diferente y refrescante. Antoine de Saint-Exupéry, el legendario piloto decía: «Vuelo porque libera a mi mente de la tiranía de las cosas triviales».

Filosofías aparte, la terca goma rehusaba romperse del todo o volver a su lugar correcto, trayéndome de vuelta al hecho de saber que el aeroplano no funcionaba del todo bien. El miedo, si no se controla, se auto alimenta y crece desproporcionadamente. Me sentía envidioso de la ignorancia de otros pasajeros sobre este asunto y deseaba no haber estudiado nunca aeronáutica. Me sentía pesado y somnoliento, cerré los ojos para bloquear la imagen de la enloquecida danza de la tira de goma. Demasiado conocimiento puede dañar. Flotando en la zona de penumbra entre la vigilia y el sueño, una vocecilla susurraba:

*El libro de tu ciencia
es un juguete de tus ilusiones
y su lectura es puro sufrimiento
desde el principio al fin.²*

Me llegó un gran alivio liberador y estaba seguro de que el Maestro se había apiadado de mí y de que me acompañaría en este viaje, manteniéndome a salvo de mí mismo. Cuando me desperté, la tira de goma continuaba golpeando pero, esta vez, felizmente, como si tuviera un retorcido sentido del humor, asegurándome que ¡sin el permiso del Maestro, no causaría ningún problema! El resto del viaje transcurrió sin ninguna complicación.

Al día siguiente de llegar a Kuala Lumpur contacté con la embajada en Singapur y establecimos una fecha para la entrevista. Un par de días des-

pués, me dieron el visado. Sin tiempo que perder, fui a la agencia de viajes y les pedí confirmación para mi vuelo de destino. La empleada empezó a examinar la pantalla y comenzó a farfullar algo parecido a «Esta semana no, humm... La próxima semana tampoco es buena», y «Oh cielos, la semana siguiente también está lleno».

Alarmado, porque amenazaba un nuevo desastre y temiendo la velocidad con la que iba a caducar por completo mi valioso visado de un mes, le pregunté cuál era el problema. «¡Oh, no!, no es nada realmente, todos nuestros vuelos, a y desde su destino, están ya reservados hasta finales de marzo. Es el Año Nuevo Chino, ¿sabe?». Sorprendido y sin ver la conexión, le espeté: «¿Qué tiene que ver con el Año Nuevo Chino?».

Enfadada por mi ignorancia, me explicó que en esta parte del mundo, los asiáticos viajan mucho durante todo febrero y marzo, celebrando el Nuevo Año Chino en sus ciudades de origen.

Al llegar al convencimiento de que todo el tiempo invertido en estos dos años, más todo el dinero, pendían de encontrar un vuelo, abandoné mi intransigente postura e hice lo mejor que podía hacer a continuación, ¡le supliqué una solución! Suavemente me contestó: «OK. Déjeme probarlo una vez más». Pero yo tenía la sensación de que le diría lo mismo a un convicto en el día de su ejecución. «Lo siento, no hay vuelos para su destino, señor... ¡lo siento!». Al oír esto, le puse la directa a mi mente, examinando todas las opciones. No había ninguna. Así que le pedí que me aconsejase. ¡Cualquier cosa!

«Puede intentarlo en otras aerolíneas».

Y eso hice pero, para mi asombro, todos y cada uno de los vuelos de todas y cada una de las compañías estaban reservados hasta el final de marzo y aún más adelante.

Las escenas, contemplándome yendo de regreso a Irán con las manos vacías y explicando a todo el mundo cómo había perdido mi oportunidad por no reservar un vuelo desde el principio, eran insufribles. ¿Cómo iba a saber que la embajada

me concedería el visado inmediatamente y que febrero y marzo estaban completamente reservados por las celebraciones del Año Nuevo? Pero, el no llegar a mi destino en febrero no era una opción, y un «No» no significa necesariamente ¡NO! Supliqué una solución.

Me dijo que se podía intentar preguntar a todas las compañías aéreas en el aeropuerto para que le pusiesen a uno en reserva, por si alguien cancelaba su vuelo en el último minuto. Salté al primer autobús para el aeropuerto, decidido a permanecer allí hasta que me subieran a un avión. En la terminal, acudí a todas las oficinas de todas las líneas aéreas que volaban a mi destino y les pedí que me pusiesen en reserva. Después me estuve pateando todas las salas del gigantesco aeropuerto.

Solamente había una cosa en la que podía pensar: volar a mi destino. Este pensamiento creció hasta convertirse en una enorme bola de fuego que devoraba todo mi ser, ardiendo con el blanco combustible de mi deseo por el objeto de mi interés. Para entonces, había perdido toda noción de tiempo y espacio. ¿Cuántas horas habían pasado? Me importaba un rábano. Conseguir un vuelo para mi destino era todo lo que me preocupaba. ¿Habría pasado el *sheij* inglés William Shakespeare por una experiencia similar al escribir *Cymbelino*? «¡Oh, por un caballo con alas!» había escrito.

Entonces la megafonía me llamó. «¡Atención, atención! Sr. Raahro al mostrador de Air Malaysia, por favor!». «Llamada urgente, Sr. Raahro al mostrador de Aira Malaysia».

Inmediatamente me levanté y corrí al mostrador. Solamente había una persona detrás del mostrador y no se veía a nadie más por aquél área. Me agarró rápidamente el billete y comenzó a dar con fuerza en el teclado. Estaba confirmado, me suministró una tarjeta de embarque. Como un relámpago, etiquetó y lanzó mi maleta por la cinta.

«¡Está de suerte! Alguien no se ha presentado y puede usted tener su asiento. Corra, vaya a la puerta 14», me dijo, indicándome el camino y

conectándose a su radio. Aliviado, le di las gracias y comencé un sosegado paseo hacia la puerta 14. «¡Corra... corra!», me gritó. Me apresuré, corriendo.

Otra azafata de la aerolínea apareció por el otro lado. Ella también hablaba por su radio. Cuando me alcanzó, me arrebató mi tarjeta de embarque y rápidamente la escaneó. Me cogió por la muñeca y me arrastró mientras seguía hablando por su radio. En nuestro camino, dos o tres azafatas más llegaron corriendo y cada vez la azafata encargada de mí les confirmaba algo con una mirada victoriosa en sus ojos. Finalmente llegamos a la puerta del avión. Terminada su misión, me metió de un empujón, y sonriéndome por primera vez, me dijo «Gracias, señor. Que tenga un feliz viaje».

No puedo describir la alegría que sentí. Mi resistencia, determinación, persistencia y estrechez de miras habían desaparecido. En mi interior estaba celebrándolo, y sentía que estaba en mi derecho. Mi ego se hinchó un poco, y se lo permití durante un rato, pero enseguida comprobé que era la estrategia equivocada. No abandones tu guardia o este astuto «yo» te puede arruinar, aunque seas colega de los arcángeles.

Una azafata miró mi tarjeta de embarque y me mostró dónde estaba el asiento 33. Me dirigí en esa dirección. Todos los asientos estaban ocupados y todo el mundo había atado sus cinturones, listos para despegar. Encontré mi asiento. Pero ¡alguien estaba sentado en él! Pensé, en mi confusión me he debido de equivocar en el número. Volví a mirar la tarjeta de embarque y las etiquetas, varias veces. Asiento 33 era el correcto y, sin embargo, estaba ocupado, y la persona tampoco estaba allí de paso. Su cinturón del asiento estaba fuertemente atado. Lo miré y tomé la firme decisión de decirle que se levantara. Le lancé una última mirada de reojo antes de ordenarle que se fuera, y entonces cambié completamente mi pensamiento. ¡Era de tres veces mi talla!

Le conté lo que me pasaba a la azafata. Miró la tarjeta, me condujo

a mi asiento pensando en todos esos idiotas que no saben relacionar una etiqueta con el asiento. El corpulento hombre todavía estaba sentado allí; sin embargo, tuvo el coraje y la autoridad de preguntarle por su tarjeta.

Se demoró un rato mirando las tarjetas, de arriba abajo y comprobando los letreros de los asientos sobre su cabeza. Parecía confundida, como si nunca le hubiera sucedido algo parecido. Después se dirigió de nuevo a la parte delantera del avión y yo la seguí como un pollito que ha perdido a su madre y sigue a cualquier cosa que se mueva.

Habló con un superior sobre este increíble duplicado y después de un rato la azafata-jefe vino hacia mí con una cara seria. «Lo siento señor, parece que se ha cometido un error no muy corriente y el mismo asiento se le ha asignado a dos personas. Me temo que no tenemos asiento para usted, señor», me explicó. Inmediatamente, me encontré en el punto de partida. Miró brevemente a la todavía puerta abierta. Capté su mensaje: ¡Salga! Para mí, llegó el momento de la verdad, tenía que hacer algo en ese preciso momento, o debería dejar el avión.

Con una rápida descripción de por qué tenía que ir a mi destino ahora o nunca, me ofrecí voluntario para viajar de pie allí mismo, justo al lado del cubículo del lavabo, ¡durante las once horas y media que duraba el vuelo! Y lo pensaba hacer. Me miró con incredulidad pero, dándose cuenta de mi determinación, me pidió permanecer allí mientras iba a hablar con su superior. Desapareció y luego volvió con un hombre uniformado con aire de autoridad. Me señaló desde lejos y tras unas palabras vino hacia mí sonriendo.

«Por favor, señor, sígame». Resignado a mi suerte, la seguí. ¿Me conducía a la puerta? Miré hacia la puerta. Estaba indudablemente cerrada y bloqueada. Fue más allá, hacia la proa de la aeronave y ambos entramos en una sección separada del avión. Me mostró un asiento insólitamente grande. Me senté sin dudarle y me até inmediatamente.

Al cabo de un rato estábamos ya

arriba, en los cielos, y cuando había recuperado suficiente el sentido, noté que los demás tenían también asientos grandes como el mío. Algunos incluso habían reclinado los suyos hasta hacer casi una cama, y se encontraban felices descansando. Yo seguí el ejemplo.

Estaba volando en primera clase. Y lo que es más, ¡solamente había pagado por clase económica! El resto del viaje fue pura felicidad. En unos días, un amigo de un amigo me consiguió una oferta de trabajo. Volví a Singapur y conseguí residencia permanente para toda la familia. Desde este viaje en adelante, todo transcurrió suave y agradablemente, pero yo no podía alejar mi mente del episodio del asiento A33.

¿Cómo pudo suceder aquello? Cuanto más pensaba en ello, más extraño me parecía. ¿Cómo fue posible cometer un error así? Los billetes los expiden computadoras y las computadoras no cometen errores. Siempre es un operador o un programador el que se equivoca, pero nunca la máquina.

Después de ese sorprendente «incidente», cada paso que daba superaba fácilmente todos los obstáculos en mi camino. Era milagroso y supe que no tenía nada que ver conmigo. Lo aprendí a fuerza de sinsabores. Entonces, ¿qué es lo que fue? ¿Qué fue lo que funcionó?

Mirando atrás, a todas las inquietudes a las que tuvimos que hacer frente, y cómo los amigos acudieron a ayudarnos, llegué a la conclusión de que conté con la ayuda del *darwish* y de su Maestro a lo largo de todo este viaje. ¡Me sentía tan bien al ser uno de los pocos que merecen tal distinción! No había duda, una mano invisible había manipulado el ordenador.

De vuelta en Teherán hice una visita a otro amigo *darwish*. «Ya Haqq»³, me aventuré, imitando el saludo de los *darwish*. «¡Yaaa...Haaaq! Sr. Rahaq» contestó mi amigo, alargando las palabras en alegre melodía. «¿Qué tal su viaje?», preguntó.

«Hinchado por ser lo suficientemente bueno como para contar con la ayuda del Maestro», declaré, «Durante este viaje, Sr. S., estuve en pre-

sencia todo el tiempo». Tras un breve silencio, él dijo solamente «Ya Haqq», añadiendo tres volúmenes de significados nuevos a «Ya Haqq».

Esta vez, las palabras sonaron cortantes y metálicas, más como un único golpe de martillo colocando un clavo en su lugar. Una multitud de pensamientos zumbaron en mi cabeza y busqué el significado oculto que pretendió dar.

Había dicho la verdad sobre el hecho de ser ayudado de una forma prodigiosa y sé que el Sr. S. no lo dudaba. Sin embargo, este Ya Haqq tenía algo de crítica. ¿Qué quiso decir? Esta pregunta siguió en mi mente y tuve que salir al aire libre para meditar tranquilamente el mensaje de mi amigo.

Miraba las plantas llenas de colorido, cuidadas con esmero en las pequeñas jardineras de su jardín al lado de las paredes, dejándome transportar por su belleza. Flores de brillantes colores junto a variados matices de verdes creando un ambiente especial. Parece ser que tenemos más afinidad con las plantas que con los objetos «inanimados». Reconocemos a las plantas como seres vivientes, y ese día parecían estar más vivas que de costumbre. Una flor parecía una criatura con miles de lenguas, aunque silenciosa. Silencio, porque no podía encontrar un oído que escuchase.

Dejando fuera el mundo exterior, estaba tan completamente absorto que podía oír mi propia pausada respiración. Y entonces... se me ocurrió que alguien estaba «respirando» en el oído de mi pulmón.

«Respira...respira...respira...».

La misma voz estaba susurrando en el oído de mi corazón, «Late...late...late...».

La voz hablaba a todas las plantas, flores y briznas de hierba, «Crece...crece...crece...».

Porque hasta dónde alcanzaba a ver, cada objeto, grande y pequeño, lejos y cerca, animado o de otra manera, era aludido por la voz: «Sé...sé...sé...».

Y, no sé cómo, supe que sin la llamada vocecilla⁴, sin el Maestro, todo y cada cosa cesaría de existir, y estaba claro que era lo que el Sr. S. quería

decir. No fui favorecido de ningún modo. Todo lo que sucedió fue un cambio en mi percepción.

¡Oh, Maestro! ¡Oh, Maestro!

Cuántas veces volé en sus alas, desde la preeternidad a la posteteridad, en un parpadeo del ojo y a la vista de espectadores ocultos.

¡Eh! ¿Por qué insistes en volar en clase económica, cuando hay otra oportunidad mejor? Vuela en Primera Clase.



Notas:

1.- *En el camino sufí*, Dr. Javad Nurbakhsh, Editorial Nur, edición revisada, 2009.

2.- *El Círculo de Unidad*, poema del *Divan de poesía sufí*, Dr. Javad Nurbakhsh, Editorial Trotta, 2001.

3.- Para el verdadero significado de *Ya Haqq*, véase el discurso *Por qué los sufíes dicen Ya Haqq* de la obra del Dr. Javad Nurbakhsh *En el Camino Sufí*, Editorial Nur, edición revisada, 2009.

4.- Todavía se alude a la vocecilla por muchos místicos, también aparece en la Biblia.

